

notificada con tan eficaz pregon. Y me persuado que esta fué la diligencia más mortificada y la confesion de sus culpas más meritoria, por cuenta de su vergüenza; pues habiendo aprendido de los brutos la bestialidad irracional en los vicios y abominaciones, quisieron, confesándose discípulos suyos, castigarse afrentosamente en sus maestros. Y entonces mostraron que les pesaba de haber vivido como bestias, y que su penitencia era por haberlo sido, cuando las igualaban consigo en la penitencia y en el traje de ella; que fué decir: «Pues no nos diferenciamos de los jumentos en la vida, no nos diferenciamos en el tratamiento de reos.» Véase como padron infame la penitencia de los hombres, bestias por malicia, en las bestias por naturaleza. Solo desta manera quisiera yo que te igualaras con los brutos, por haberte dejado persuadir de ellos que lo eres ó que tienen la misma alma que tú y el propio entendimiento.

No me contento con haberte quitado las cataratas (1) con que no vias; quiero quitarte las nubes de los ojos, porque no veas mal. Tú te contentabas de estar ciego; yo no me contento de que veas poco y mal, sino bien y mucho. Oído habrás á algun desalmado y mortal enemigo de la inmortalidad, que en el concilio Constantino-politano (a) vi, acto 11, se afirma que la alma no es inmortal por naturaleza, sino por gracia (b); y que aunque la sentencia (2) es de Sofronio (c) en su epístola, fué recibida de todo el concilio, y que pudo fundarse en las palabras de san Pablo, 1, *Timoth.*, 6, en que dice, hablando de Dios: *Qui solus habet immortalitatem.* Responde el padre Francisco Xuarez: *Animam esse immortalem beneficio Dei creantis et conservantis illam, quod beneficium lato modo gratia interdum vocatur, ut in prolegomenis de Gratia latius explicamus. Hinc etiam gratiae iuxta praesentis materiae capacilatam, opponitur immortalitas, seu perpetuitas, quae nullam dependentiam, ab alterius voluntate libera, ejusque influxu habeat, et sic dicitur solus Deus immortalis: 1, Timoth., 6. Nihilominus tamen anima licet à Deo conservante pendeat natura sua, merito etiam natura sua immortalis dicitur, tum quia per mortem, et propriam corruptionem desinere non potest: tum etiam quia ex nulla potentia intrinseca, ad ullum desinendi modum per extrinsecam Dei potentiam annihilari possit, ut in citato loco fusiús explicavi.* Hasta aquí el venerable y doctísimo doctor y padre Francisco Xuarez.

Sin perjuicio de la inmortalidad del alma, es verdad que Dios solo tiene inmortalidad sin principio como sin fin; pues la alma, aunque no tendrá fin, tuvo principio cuando fué (3) espirada.

Ya no puedes apelar á otra cosa sino al temor que dices que todos tienen á la muerte; y que este, tan universal y tan grande y tan propio de la naturaleza, no le tuviera el hombre si la alma fuera inmortal y hubiera

(1) con que veias; (G. Z. P. S.)

(a) III, y vi ecuménico. Celebróse el año 680, imperando Constantino IV, Pogonato.

(b) Et nullatenus quidem moriuntur, neque corrumpuntur, juxta quod sensibilia defluunt, atque pertranseunt: non tamen sunt immortalia per naturam, neque in essentiam incorruptibilem transeunt; sed gratiam eis largitus est, à corruptione ea, et à morte coequentem.

(2) de Sofronio (G. Z. P. S.)

(c) Arzobispo de Jerusalem.

(3) inspirada. (S.)

otra vida. Mira cuán diferentes pensamientos tenemos los dos, que cuando tú me preguntas y opones esto, queria yo oponerte y preguntarte que por qué razon algunos (y no pocos) no temieron la muerte que les daban; otros la tomaron por descanso y medicina y libertad; muchos la desprecian por cualquier cosa cada día; y muchos más la han codiciado enamorados de ella en los innumerables mártires.

Asentemos que el compuesto que resulta (4) de cuerpo y alma, que se llama hombre y es el que se disuelve, naturalmente teme la muerte (pues el cuerpo solo no es hombre, sino cadáver; y l' alma separada no es hombre, sino espíritu); y haber sido engendrado el cuerpo para la alma, y ella criada para animar el cuerpo, y aunándose en una vida por toda ella en compañía tan intrínseca, no solo por naturaleza, sino por razon de amistad, deben sentir el divorcio, aun creyendo que la resurreccion los ha de restituir. En los amantes, con flaqueza, en los amigos, con amor, nos facilita este punto la ausencia forzosa; pues sabiendo que han de volver y restituirse los unos á los otros, se apartan aquellos con lágrimas, estos con tristeza.

Esto supuesto, digo que son muy pocos los que temen la muerte, y muchos los que temen el acabar de morir. Cierta es que el hombre desde que nace empieza á morir, y que el pié recién nacido, que no puede dar paso en la vida, le da en la muerte; y que la muerte tiene en su poder todo lo que pasó; y asimismo que en la juventud está difunta y sepultada la niñez, y la juventud en la mocedad, y esta en la edad varonil, y la edad varonil en la (5) consistente, esta en la vejez, y la vejez en la decrepitud: de manera que quien más vive, es seis veces difunto y seis veces sepulcro de sí mismo.

Tambien es verdad, por esta razon, que son raros los hombres que saben contar su vida. ¿Quién no dice «veinte ú cuarenta años tengo», debiendo decir, «no tengo veinte ú treinta ó cuarenta años»; pues no se puede negar que los ya vividos los tiene la muerte? Por lo cual (6) es sin duda que la mayor parte de la muerte pasamos en risa y fiesta, y que solamente humedecemos con lágrimas el último día suyo. Estas más son señas de amarla que de temerla, pues el sentimiento es de que se acabe y cuando se acaba.

Cuenta, si puedes, los hombres que con vidas vendibles á miserable sueldo, no solo de su voluntad, sino alegres, han rogado consigo á los ejércitos, sabiendo que en sus oídos no ha de asistir otra voz sino *mata ó muere*. Suma, si alcanza á su infinidad el guarismo, los que han degollado las victorias, los que han acabado las flechas, los que ha despedazado la artillería, los que el fuego ha hecho ceniza, los que el mar ha sumergido. Junta á estos los que la gula ahoga, los que la soberbia despeña, los que la invidia consume, los que la lujuria apesta, los que la avaricia envenena, los que la ira atosiga (7). Añade los gladiadores de la venganza, cuyas vidas son facinoroso espectáculo del mundo; y con estos los ambiciosos, inventores de tragedias, que tienen mancha-

(4) del cuerpo (S.)

(5) consistencia, (Escribió el autor de primera intencion, y así se halla siempre impreso.)

(6) no se puede negar (borrado en el original, y sobrescrito es sin duda.)

(7) y los que la pereza aniquila. (G. Z. P. S.)

das con sangre las historias, y la noticia con ceño de escándalos y escarmientos. No olvides los que las conjeturas de la medicina ó los yerros del médico entierran. Compáralos con los que viven sus días, y verás con cuánto exceso son más los que buscan la muerte que los que la aguardan; los que se van y venden á ella, que los que la esperan; los que se matan, que los que se mueren. Confesarás que tiene muy poco séquito la muerte natural en los difuntos.

Pues dime, ¿qué miedo es este de la muerte, que me opones en los hombres, si cosas tan viles como amparar Troya un robo de una mujer liviana y vengar la Grecia una liviandad suya, persuadió á buscar la muerte por mar y tierra tantas naciones y á hacer soledad la Asia? Si las ambiciones competidoras de César y Pompeyo, armando los padres contra los hijos y contra sí misma la república, y contra ella todos los contornos del mundo, calentaron las espadas en las venas parientas, y con ansia se fueron á empalagar con la abundancia de sus cuerpos la hambre de los lobos, despreciando con fastidio sus cadáveres los buitres; si por el frenesí de Alejandro y por (1) la inconsideracion de Jérges y el odio de Anibal y la rabia precipitada de Sila y Mario, hicieron al orbe de la tierra y al mar sepulcros de su habitacion; —¿qué temor puede ser este, que le vence pequeño interés, que le consuela un apetito infame, que le desprecia una fama de corto vuelo, que le disuade á infinitos la locura ó la venganza ó la ambicion ó la crueldad de uno, sin admitir preceptos del escarmiento ni consejos de los desengaños, desde el principio de la vida del mundo hasta hoy? Pues si el temor de Dios (que es todo espiritual y divino), con fe, esperanza y caridad, virtudes de l' alma teologales, encaminan la voluntad y dan eficacia al entendimiento para persuadir al hombre con este temor, no solo el desprecio del temor de la muerte corporal, sino ansia codiciosa de padecerla; claramente se conoce que hay en nosotros mismos caudal eterno y sabidor de otra vida sin fin.

Que esto sea así, recorre tu memoria por toda la jerarquía de innumerables mártires, y los verás dar música con himnos á los garfios que los arrancan las entrañas, abrazar cariñosos las cruces que los suspenden, salir á recibir con las gargantas el golpe de los cuchillos; bendecir las fieras que los despedazan, y ser apacible alimento á su hambre; guisarse en el fuego con alegría, que los sazona para Dios en la inmortalidad. No escriben esto los escritores eclesiásticos solos; léese en los idólatras. Cornelio Tácito dice «que á los cristianos vivos los revestían de pieles de fieras, para que fuesen montería apetecible al coraje de los lebreles; y que Neron los encendía en luminarias vivas, que venciesen con su resplandor la noche». Y á su pesar vencieron, ardiendo, la de la idolatría: pues donde fueron cenizas, son venerados; y las cenizas que fueron escarnio son reliquias; y donde los justificaron los adoran, y donde tuvieron horecas tienen altares.

Y porque no te acojas á que todo esto se lee, ayer te dió la compañía de Jesus (2) un ejemplo á tí y al mundo, singular, en mil y seiscientos y cuarenta y dos años de nuestra redencion (a), un mártir, pretendido y solici-

(1) la consideracion (S.)

(2) con un ejemplo (G. Z. P. S.)

(a) Así se lee en el original y en todos los impresos; pero fué una distraccion de QUEVEDO. El venerable *Mastrilli* murió mártir

tado del martirio que, cuidadoso, fué á buscar el cielo á Nápoles para el Japon, despachando con esta legacia un santo español por un italiano: á san Francisco Javierre, que á las mismas regiones fué á buscar el cuchillo, que se escondió á su cuello, (3) para que llevase á él el del nobilísimo y venerable mártir Marcelo Mastrilli. Dejo la relacion del milagro, remitiéndome al libro que de su vida y muerte escribió el muy docto y erudito padre Joan Eusebio Nieremberg, de la (4) Compañía de Jesus. Toda la ciudad de Nápoles, toda Italia vió partir al padre Marcelo Mastrilli (b) en busca del martirio con gozo y alegría incomparable; vímosle en la corte todos; víronle sus majestades, de quienes se despidió; fué testigo la ciudad de Lisboa del alborozo y afecto con que iba á buscar la muerte, que le estaba aguardando en (5) el Japon; víronle en Nangasaqui morir como lo dijo y lo deseó; vímosle hacer con su muerte finezas prometidas á la Esposa, pues por ella dejó padre y madre. Este hazñoso enamorado de la muerte, nuestros ojos le han visto. Tres virtudes desaparecieron el miedo de su cuerpo: fe, esperanza y caridad. Estas de l' alma son; y con ellas l' alma, dando conocimiento de la inmortalidad al cuerpo, debajo de las fianzas de su resurreccion le amartela de la muerte, que por sí temia.

Y porque ya que no puedes negar con razon alguna la inmortalidad de l' alma, no resbales á la opinion ridícula y fabulosa de Pitágoras (que decía que las almas se pasaban de unos cuerpos en otros, repitiendo en diferentes personas nueva (6) vida; esto llamaron *μετεμφοροσυν*) ó en la de Empédocles (que nombraban *μετεμφοροσυν*, quiere decir volver las almas de los hombres, ó en premio ó en castigo, á vivir en cuerpos de bestias, y (7) las bestias en cuerpos de hombres) —, estas locuras aun el buen seso no las tolera en los poetas si no los socorre la alegoría; ¿cómo lo consentirá en los filósofos? De Pitágoras refiere Ovidio que dijo se acordaba que él mismo había sido antes en la guerra de Troya Euforbo; (8) y que en Délfos conoció, siendo Pitágoras, el escudo que traía cuando era Euforbo, y daba particularmente razon de las señas que en él había. Tertuliano, tratando desto en el libro *De Anima* (c), dice: *Quomodo credam non mentiri Pythagoram, qui mentitur ut credam?* «Ninguno puso tanto precio al engaño, á nadie debió tanto el embuste: siete años estuvo debajo de tierra con paciencia de cadáver, ensayándose de difunto en sepultura estudiada, componiéndose de muerto en la color y fiereza inculta, con la humedad y lobreguez, solo porque viéndole creyesen que había resucitado los que, por no haberle visto, creyeron había muerto. ¡Extraño y costoso frenesí, querer ser vivo y muerto todo junto; y con hacer creer que resucitaba un vivo, persuadir que siendo Pitágoras, había sido Euforbo y que él se conocia otro que fué! Quien tal fábula inven-

á 17 de octubre de 1637, y el padre Nieremberg publicó su vida en la imprenta de María de Quiñones en 1640. — Nuestro autor por escribir 1637, puso la fecha corriente.

(3) para que le llevase á el del nobilísimo (Z. P. S.)

(4) misma Compañía. Toda (G. Z. P. S.)

(b) sic.

(5) Japon; (MS. original.)

(6) vida, ó en la de Empédocles que hacia volver las (Z. P. S.)

(7) las de las bestias (G. Z. P. S.)

(8) y daba particularmente (id.)

(c) capítulo 28. — En el MS. original al márgen se ve un monograma que parece quiere indicar el nombre de TERTULIANO.

tú con injuria de la salud propia, con engaño de la misma vida por siete años sepultada, padeciendo hambre, ocio y tinieblas; que tuvo en tanto precio el fastidio del cielo, y perseveró en esquivar la luz del sol, ¿á qué temeridad no se arrojaría? ¿cuál curiosidad le quedaria por tentar, para informarse de la señal de aquel escudo que embrazaba para defender su embeleco?

»Respondamos á la opinion. Si los que mueren ó murieron son los que volvieron á vivir y viven, siempre fuera uno (1) mismo el número de los hombres, y los hombres los mismos, y cada hombre muchos: (2) pudieran conversar, uno que es con muchos (3) que ha sido; los primeros hombres vivos fueran de los muertos; y los muertos otra vez de los vivos; y volvieron á ser vivos los mismos muertos; y supuesto que de los mismos se hacia esta (4) repetición, siempre hubiera el mismo número, ni más ni menos. Esto contradice toda la verdad aun en los profanos comentarios de la antigüedad, afirmando que de pequeño número fué creciendo el humano linaje poco á poco; y era forzoso que todos aquellos que poblaron el primero mundo, no hubiesen sido otros, y que siempre sean y hayan sido los mismos; y vemos que despues acá crecieron en tan inmensa multitud las gentes, que congojaba el concurso las ciudades y fatigaba los claustros de los (5) reinos, obligando las molestias de los sobrados á descansar con solenes transmigraciones (6), que llaman *μετοικίας* (a): deseando desembarazarse de la inundación popular, vertian enjambres de vulgo en otros fines, inundándolos. Y como vemos, el orbe cada día crece en cultura, adornado con mejor alio que el primero.

»Todo tiene disposición, todo está conocido; cualquier parte es tratable. Las famosas soledades, por ancianas, ya las (7) horaron amenísimas caserías; las heredades domaron lo cerril de los bosques; las arenas aprendieron, sembradas, á dar cosechas; á las peñas enseñaron á consentir los árboles que en ellas se plantan; enjugaron las lagunas; y hay tantas ciudades como en otro tiempo chozas. Ya ni las islas que hurtaron al mar la tierra, y se hurtaron á la tierra con el mar, ni son peligro ni amenaza; ni los escollos amedrentan. En todas partes hay casas, pueblo, república y vida: sumo testimonio de la continuada frecuencia humana. Pesados somos al mundo, apenas nos bastan los elementos, angosta nos viene la tierra, el aire tasado á la respiración; ya no puede la naturaleza sufrirnos. Por esto la peste, la hambre, las guerras, las (8) ruinas y naufragios se han de acetar por remedio, como tonsura (digámoslo así) de la superfluidad insolente del género humano. ¿Y cómo, semejantes hoces y guadañas (9) derribando de una vez tanta infinidad de vidas, nunca despues de los mil años temió el mundo esta restitución de muertos á vivos? Y esto lo hubiera hecho sensible la igualdad de la pérdida y de la restitución. Y ¿por qué, pues, no antes de

(1) el número (G. Z. P. S.)

(2) pudiera (Z. P. S.)

(3) que han sido; (S.)

(4) reposición, (Z. P. S.)

(5) reyes, obligando (S.)

(6) y deseando desembarazarse (Z. P. S.)

(a) *μετοικίας*.

(7) buscaron amenísimas (Z. P. S.)

(8) ruinas y naufragios (S.)

(9) derribaron (Id.)

mil años, que es el plazo que Pitágoras puso, y no consecutivamente á la mortandad, han de volver á ser vivos los muertos? pues si luego no se (10) rehace lo acabado, pelagra de acabarse en tanto tiempo lo poco que restaba. Si las almas que vivieron en otros cuerpos son diferentes en los que vuelven á (11) vivir, ya no son los mismos los vivos de los que (12) murieron. Si son las mismas, han de volver (13) con las mismas condiciones y inclinaciones por que fueron conocidas, para que las conozcan.

»En tanto número de vivos y muertos solo ha habido un Pitágoras que fué cuatro veces alma de cuatro diferentes hombres, lo que él solo dijo de sí. Afirma que habia sido Euforbo, que fué soldado (14) valiente y famoso por las armas y en las batallas; y él fué tan cobarde y afeminado, que huyendo de las guerras en que ardia su patria Grecia, se fué á Italia, donde (15) todo se entregó á la geometría, astrología y música: natural tan contrario al (16) Euforbo que dice fué. El Pirro, que afirma haber sido, solo se deleitaba en pescar peces; Pitágoras ni comerlos queria, por ser animales. Fué, segun blasona, Etárides y Hermitimo: estos comian con golosina habas; Pitágoras las aborreció de manera, que mandaba á sus discípulos que aun no pasasen por donde habia habares. ¿Cómo pues son las mismas almas las que se recuperan, si son de tan diferentes ingenios, de tan opuestos institutos y tan (17) contrarias á sí propias? Hasta aquí Tertuliano, cuyas palabras, sin la ensancha de alguna paráfrasi, no cupieran en mi pluma. No he temido parecer largo, porque aborror razones suyas no fuera brevedad, sino hurto ó miseria: muchas joyas no son carga, sino tesoro, como pocas piedras siempre son peso. Todo lo que dejo de tan admirable discurso, es deuda que me pedirá con razon quien no lee á Tertuliano en su texto.

Pasemos á la (18) *metensomátosis* (así llaman al volver las almas de los hombres á cuerpos de animales, en premio de virtudes ó en castigo de vicios). La infamia deste desatino menguado es de Empédocles: *Quia se Deum delirarat* (dice Tertuliano), *idcirco opinor indignatus aliquem se heroum recordari, Thamnus et piscis fuit: inquit cur non magis et pepo tam insulsus, et chamaelon tam inflatus? Planè ut piscis, ne aliqua sepulturae conditio reputesceret, assum se maluit in Aethna praecipitando. Atque exinde in illo finita sit Metensomatosis ut aestiva coena post assum* (b). Mereció el inventor desta bobería bestial por respuesta el escarnio; y solo pudo Tertuliano, en su afrenta, sazonarle con donaire tan sabroso. No se ha de poner estudio en satisfacer con argumentos á las necedades torpes y á las locuras brutas, sino en castigarlas con desprecio afrentoso. Ocasiónolas, en esta parte, vanidad Tertuliano en ocuparse respondiéndolas con veras de filosofía.

(10) hace (G. Z. P. S.)

(11) animar, ya no son (Id.)

(12) se murieron. (Id.)

(13) á correr las mismas condiciones é (Id.)

(14) famoso y valiente (Id.)

(15) se entregó (Z. P. S.)

(16) de Euforbo (Id.)

(17) contrarios á sí propias? (Z. P. S.)

(18) *metensomátosis* (MS. original.)

(b) Cap. 52 del libro *De Anima*.

Yo solamente proseguiré el donaire referido con que empezó, sin apartarme dél en los asuntos.

Digo, lo primero, que en los secuaces é inventores desta secta reconozco el intento é ingenio y pretension de los demonios; pues, como se lee en el evangelio de san Lucas, cap. 8, sabiendo que habian de ir á las penas del abismo, en saliendo del cuerpo del hombre, por no ir al infierno escogió una legión de ellos entrar en una manada de lechones; lo que les concedió Cristo. Sabe su alma destos que en saliendo de su cuerpo ha de ser precipitada al infierno; y por excusarle (como si les valiese), se persuaden entrarán en cuerpos de osos y bueyes y peces y pájaros y culebras. Que calladamente les dictó esta opinion el demonio, asegúralo su ancianidad, y él lo confirmó con el suceso referido. Es autor muy antiguo para discípulo de Empédocles, y la doctrina en los resábios le confiesa autor.

Forzosamente concederán que la justicia que en premio ó pena reparte las almas á los animales y á las aves, es la de Dios. Examinemos si merece por su (1) justificación ser de tal juez. Con ser blasfemia tan desvergonzada no ha de provocar mi averiguación á enojo, sino á risa; ha de entretener, no indignar. Tertuliano refiere de Hesiodo que Homero fué vuelto en pavo (debió de leer en obras de aquel poeta, que no llegaron á nuestros tiempos): ¡bien proporcionada remuneración, en pago de haber cantado mejor que todos arrebatando en suspensión el mundo, embutir aquella alma en un avechicho que solo para graznar tiene voz! En vez de laurearle le empluman; y á aquel antepasado de toda la sabiduría de Grecia (de quien deciendo la Academia y el Pórtico, peripatéticos y pirrónicos, á quien refiere Eliano, en su *Varia Historia*, que pintaban rebosando ciencias, y á todos los filósofos satisfaciendo la sed de doctrina con lo que de su vómito bebían) fué premio andarse por los terrones repelando yerbas ó mendigando cucarachas, y cuando más, dándose (2) una hartazgo de salvados. Tuvieron pleito muy reñido siete ciudades sobre cuál era la patria de Homero; y en satisfacción de su eminente ingenio, le hacen pájaro por quien, á persuasión de la gula no delicada, sino fanfarrona, solo litigan el regatón y el despensero sobre si irá al asador ú al horno por diez ú doce reales. Demos que Píndaro el inimitable fué cisne, que así parece que lo (3) quiso Horacio: antes parece castigo que galardón, á quien cantó siempre con tan suave grandeza, reducirle á músico agonizante y cantor de solos parasismos; que fué trocarle los himnos en respuestas, y achicar un poeta sublime en una ave vagabunda de estanques, de cuya carne no tienen noticia ni los cocineros ni la hambre plebeya: muy contenta de competir la blancura á la nieve; solo ocupada en contonearse resbalando por el agua, arrendajo de barco de espuma. Si hay esta justicia distributiva, no se puede dudar que, por la piedad con su padre, el pio Eneas fué enviado á enfundar una cigüeña y á ser título del verano en competencia de las golondrinas. Pues ver aquel héroe hecho plumaje de los tejados, con una zurriaga por cuello y un chuzo por pico, andar expulgando las hazas y prados, de escuerzos, culebras, alacranes y

(1) satisfacción ser de (Z. P. S.)

(2) un hartazgo (Id.)

(3) quiere (G. Z. P. S.)

lagartijas, antes era dar venganza de él á Dido, que remunerar sus virtudes y vitorias. Descubrióse por juez y legislador desta tropelia Empédocles, hombre tan desatinado, que afirmando que habia sido pez, se mudó en tan contraria y opuesta naturaleza, que murió mariposa del Etna; y á vista del mar, de quien habia sido pueblo, se precipitó en el fuego.

Ha sido necesario escarnecer la *metensomátosis* y la *metensomátosis*, porque Simon Mago con aquella quiso cimentar sus embustes, diciendo que una Elena, ramera descarada que traía consigo, habia sido la misma Elena causa de la desolación de Troya. Afirmó la reincorporación Carpócrates, perdidísimo hereje; la opinion de remudar sus (4) cuerpos los hombres con los de las bestias. Porque no resbalen en ella los ateístas (pues quien se juzga no diferente de las fieras en el alma, no tendrá asco ni horror de trocarse con ellas; siendo cierto que no solo l'alma del hombre es diferente de la del animal, ave ú pez, sino la carne; y esto es de la autoridad de san Pablo, *ad Corinthios*, 1, cap. 15, v. 39.): *Non omnis caro, eadem caro: sed alia quidem hominum, alia vero pecorum, alia volucrum, alia autem piscium*; texto sagrado que confunde la *metensomátosis* y la *metensomátosis*.

No he pretendido, con defender de tí para tí la inmortalidad, ser más bienquisto de tu alma que de tu cuerpo; pues de ella se origina, por la muerte y resurrección de Cristo, su resurrección con dotes gloriosos. Pues por el amor que le tenias, dudabas la eternidad de tu alma, alborozas ese amor con las nuevas de su resurrección, á que te persuade el cielo con los días y con las noches, las semillas que ves enterrar, y por medio de la corrupción volver á vivir. No te allija tu incredulidad, que sabe conseguir misericordia y ser preciosa; oye al Apóstol *ad Romanos*, cap. 11, v. 30: *Sicut enim aliquando et vos non credidistis Deo, nunc autem misericordiam consecuti estis propter incredulitatem illorum. Ita et isti nunc non crediderunt in vestram misericordiam, ut et ipsi misericordiam consequantur. Concluserunt enim Deus omnia in incredulitate, ut omnium misereatur*. Son tan remontadamente grandes estas palabras, que el mismo Apóstol, en acabándolas de decir, exclama, arrebatado en Dios: *O altitudo divitiarum sapientiae et scientiae Dei! quam incomprehensibilia sunt iudicia ejus, et investigabiles viae ejus!* etc. Encamínate á ganar, y no á perder.

Cree al seguro. Si no hay otra vida, hallarás nada; así lo soñabas. Si hay otra vida, como es cierto, hallarás reo y serás castigado: *Si quis aliter docet, et non acquiescit sanis sermonibus Domini nostri Jesu Christi, et ei quae secundum pietatem est doctrinae; superbus est, nihil sciens, sed languens circa quaestiones, et pugnas verborum..... Est autem quaestus magnus pietas cum sufficientia*. Esto aconsejó san Pablo á Timoteo en la (5) segunda carta, cap. 6. Si no te (6) quietas en las palabras de Cristo, á tí dice aquellos oprobrios; si tienes piedad con suficiencia, el logro es tuyo. (7)

Seneca *ad Marciam*, capítulo xxiv: *Haec quae vides*

(4) cuerpos, porque no resbalen (G. Z. P. S.)

(5) primera carta, (Z. P. S.)

(6) quietas (G. Z. P. S.)

(7) *Fig.* (De letra del último tercio del siglo xvii en el MS. original.)

ossa circumvoluta nervis, et obductam cutem, vultumque, et ministras manus, et cetera quibus involuti sumus, vincula animorum, tenebraeque sunt. Obruitur his animus, offuscatur, inficitur, arcetur à veris, et suis, in falsa conjectus: omne illi cum hac carne gravi certamen est, ne abstrahatur et sidat: nititur illò, unde dimissus est: ibi illum aeterna requies manet, è confusis crassisque pura et liquida visentem.

San Pedro Crisólogo, Sermon LXXIV, al fin: *Grandis dementia est hoc, hominem nolle credere, quod sibi desiderat evenire (a).*

QUE HAY DIOS Y PROVIDENCIA DIVINA.

San Agustín, sobre el salmo LXXXV: *Deus ineffabilis est. Facilius dicimus quid non sit, quam quid sit. Terram cogitas, non est hoc Deus: mare cogitas, non est hoc Deus: omnia quae sunt in terra, homines et animalia, non est hoc Deus: omnia quae sunt in mari, quae volant per aera, non est hoc Deus: quidquid lucet in coelo, stellae, sol et luna, non est hoc Deus: ipsum coelum, non est hoc Deus: Angelos cogita, Virtutes, Potestates, Archangelos, Thronos, Sedes, Dominaciones, non est hoc Deus. Et quid est? Hoc solum potui dicere, quid non sit. Quæris quid sit? Quod oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit.*

Decir que hay Dios, es repetir lo que siempre han dicho todas las criaturas: las racionales, con las palabras; las irracionales, con todas sus acciones; los elementos, con religiosa obediencia; toda la monarquía del universo, con la providente consonancia de tan fecunda armonía. Es proposición que en el firmamento se lee escrita con misterios encendidos: en él las estrellas hacen oficio de caracteres de oro; no con menos preciosa ortografía debió escribirse en las hojas de zafir tan sacrosanta verdad. El ministerio de los cielos es ser sus relatores, y de la gloria de Dios: así lo dice el salmo *Coeli enarrant gloriam Dei*. El primero que confesó esto, si bien con intento traidor, fué el serafín comunero cuando dijo: *Similis ero Altissimo*; y con las mismas palabras fué castigado, respondiéndole el Arcángel: *Quis sicut Deus?* «¿Quién como Dios?» Con lo mismo provocó la inobediencia de los primeros padres, diciéndoles que comiesen del árbol prohibido, y serían como Dios. De que se colige que haber Dios es verdad tan asentada, que los demonios cuando se rebelaron y cuando quisieron vengarse, quieren ser como Dios ó que sea como Dios el hombre; mas siempre dicen que hay Dios. ¿Qué será el que negare lo que Lucifer confiesa soberbio, lo que ya Luzbel repite envidioso?

(a) Terminan aquí el autógrafo de QUEVEDO y el MS. del señor Gonzalez.

Lo que sigue va cotejado por solo el ejemplar impreso de 1720 y con la edición de Sancha, habiéndome parecido oportuno bajar al pie los largos textos latinos y párrafos que son verdaderas notas del autor. Publicóse en 1715 como discurso aparte con este epígrafe:

Tratado segundo. La incompreensible disposicion de Dios en las felicidades y sucesos prósperos y adversos, que los del mundo llaman bienes de fortuna. Obra póstuma de don Francisco de Quevedo y Villegas, caballero del orden de Santiago, secretario de su majestad y señor de la villa de la Torre de Juan Abad.

En probar que hay Dios, sola una dificultad hallo, y es persuadirme hay contra quien, y hombre con quien hable. David me da al necio. Salmo xiii: (1) «Dijo el necio en su corazón: No hay Dios.» El texto hebreo אמר נבל, que vuelve la Interlineal de Pagnino: *Dixit nebulo* — *Id est tenebriones, qui mendaciis, et astutiis suis, nebulam quamdam, et tenebras objiciunt, vel quod molles sunt, inanes, et vani, ut nebula*: así explica Donato la fuerza de la palabra latina. Entrambos significados competen al que dijo en su corazón que no hay Dios: de necio, de tenebroso, que con mentiras astutas envuelve en noche nublada vanamente la verdad).

Peligrosos y delincuentes son los hombres que tienen el corazón charlatan y muda la lengua; quien no se atreve á pronunciar su corazón, condena su plática por facinorosa con su silencio. Oigamos á san Agustín en este verso, y no habrá más que oír. (2) Dice el gran Padre que son raros los hombres que dicen aun en su corazón que no hay Dios; empero que considerándolo de otra manera, está blasfemia, que se hallaba en pocos y en raros y casi en ningunos, se ve en muchos. Estos dice que son los impíos y perversos, que se persuaden que sus robos, homicidios y adulterios y tiranías agradan á Dios. Esto cada día lo vemos, y cada hora lo oye Dios. ¿Cuántos prometen al Señor soberano de todo dádivas porque les dé ganancia en las usuras y felicidad en las mohatras! ¿Cuántos ladrones rezan con cuidado el rosario, no porque los ayude á salir del vicio de robar, sino porque robando los defiende de la justicia y del castigo! No tienen número los que con el fin de perseverar en sus torpes gustos, hacen votos á Dios por la salud de la mujer con quien le ofenden; ni aquellos rabiosos y sedientos de sangre que con sacrificios le importunan porque les permita hartarse de venganzas en el que aborrecen ó invidian. Todos estos prueba el santísimo Doctor que dicen en su corazón no hay Dios, pues creen le agradan las maldades suyas, no pudiendo ser Dios quien no las aborrece. Y aunque le pidan que en esta conclusión los libre de la lógica de Agustín, no se lo concederá. Sirva al sagrado Maestro el sutil y profano Epigrama-

(1) Dixit insipiens in corde suo: Non est Deus.

(2) Rarum hominum genus est qui dicant in corde suo, Non est Deus. An vero alio intellectu discussum, invenitur esse in pluribus, quod in paucis et raris et penè in nullis esse putabamus? Prodeant in medium qui male vivant, inspiciamus facta flagitiosorum, facinosorum, sceleratorumque hominum, quorum magna turba est; qui fovent quotidie peccata sua, qui factis in consuetudinem versis, etiam verecundiam perdidierunt. Haec tanta hominum multitudo est, ut inter eos positum Corpus Christi, vix audeat reprehendere, quod non cogitur admittere, et pro magno sibi putet servari integritatem innocentiae, ne faciat quod culpae jam per consuetudinem, aut non audeat, aut si ausus fuerit, facilius erumpat reprehensio et reclamatio eorum qui male vivant, quam vox libera eorum qui bene vivant. Et isti tales sunt, ut dicant in corde suo, Non est Deus. Tales convinco. Unde convinco? Facta sua Deo placere arbitrantur.

Qui usque adeò credant esse Deum, ut eidem Deo arbitrentur placere quod faciunt. Atqui si intelligas prudens, quia imprudens dixit in corde suo, Non est Deus, si advertas, si intelligas, si dissentias, qui putat Deo placere facta mala, non eum putat Deum. Si enim Deus est, justus est; si justus est, displicet ei injustitia, displicet iniquitas. Tu autem cum putas ei placere iniquitatem, negas Deum. Si enim Deus est cui displicet iniquitas, tibi autem non videtur Deus cui displicet iniquitas, non est autem Deus nisi cui displicet iniquitas. Cum dicis in corde tuo, Favet Deus iniquitatibus meis, nihil aliud dicis quam, Non est Deus.

tario: él nos da otro que dijo con la boca que no había Dios, y que el cielo estaba sin habitacion y vacío: (1)

*Nullus esse Deos, inane coelum
Affirmat Scelus, probatque, quod se
Factum, dum negat haec, videt beatum.*

Dice que probó que no había Dios con que mientras blasfemo negaba que le había, era dichoso y bienaventurado, como si dijera: «Si hubiera Dios, aborreciera los sacrilegos; y pues siéndolo soy tan feliz, no le hay.» Este ateaista más quiso decir que no había Dios con la boca (pues sus maldades en vez de castigo tenían premio), que decir en su corazón que no había Dios, pues le agradaban sus maldades. En el silogismo de Agustín la boca de Celio es antecedente para la conclusión que convence el corazón del ignorante. Aquel sin voz dijo que, pues le agradaban sus delitos, no había Dios; este, que no le había, pues no le desagradaban.

Los pecados permítelos y toléralos; mas no le agradan en el necio que ignora cuánto castigo es ser carga á la paciencia de Dios, y desperdiciar sus misericordias. Consiente la riqueza, la comodidad, las honras, los puestos, la sucesión al impío por gravámen, no por premio; á veces por halago que le reduzga, y otras por aparato en que pueda crecer su dolor. Si entendiesen los hombres, verían que Dios (á quien nadie queda á deber algo, porque no quiere deber algo á nadie) en la moneda baja de bienes de fortuna y de tierra les paga el buen pensamiento y la buena palabra, y el acto de virtud aun breve, y la limosna aun arrojada. Está Dios rematando con esta alquimia nuestra cuenta, para cobrar en nuestras almas; y presúmimos que nos paga menos de lo que nos debe. Succédele á Dios con los ateístas lo que á los bienhechores con los ruines, que por negar la deuda, le niegan; huyen dél como de acreedor; quieren que les dé, no que haya quien les haya dado.

Para negar á Dios es menester ser necio y ingrato. Al serafín rebelde la ingratitud le hizo demonio. Vióse amanecido en preferidos resplandores; y en lugar de ilustrarse con la propia lumbre, se deslumbró con ella; no se contentó con ser luciente, quiso ser la luz de la luz; era lucero, y por ser el sol descendió en tizonas.

Derivemos el ateísmo desde su principio, pues estamos en él.

Los espíritus amotinados lo primero intentaron ser como Dios, que era deponerle. Después de la caída intentaron que el hombre fuese como Dios, por desautorizarle con el polvo y el lodo. Vieron castigados á los primeros padres; viéronse castigados en la serpiente; á la tierra maldita, á la naturaleza enferma con el pecado. No eran capaces de escarmiento; por eso no desistieron, antes trataron de deshacer á Dios confundiendo, diciendo que no era uno, sino muchos; y persuadieron á las gentes que podían hacer cuantos dioses quisiesen. No quedó becerro, ni mosca, ni pescado, ni serpiente, ni ave, ni fiera, ni monstruo, ni piedra, ni tronco que no alcanzase título y adoracion de Dios; y los mismos hombres, vien-

(1) Marcial lib. iv, epig. 21.

Q-II.

do que podían endiosar las sabandijas y los venenos, se llamaron dioses, y mandaron que se lo llamasen. Después, temiendo en el misterio de la Trinidad (que ó les había sido revelado, ó le colegian de los patriarcas y profetas) la pluralidad de las personas de Padre, Hijo y Espíritu Santo, persuadieron que no había Dios á los filósofos, que se infamaron con esta blasfemia: en callar sus nombres limpio de asco este tratado. Vino Cristo: declaróle el Padre eterno por su Hijo; él nos dió noticia de su Padre, prometió el Espíritu Santo, y envióle. La ansia de pluralidad en Dios descansó en las tres Personas; y la certeza de la unidad, en una esencia. En Cristo se via ya el hombre, no solo como Dios, sino Dios y hombre. No quedó á Lucifer camino de competirle, de negarle ni de añadirle. Ya parecía haber espirado el ateísmo, cuando valiéndose de siniestras interpretaciones en los herejes, le creció en séquito innumerable. Encargóse de la propagacion de los noveleros y sectarios la licencia desenfrenada, el vicio torpe y halagüeño; y con fecundidad sediciosa inundaron la paz del mundo la discordia delincuente, los estudios facinorosos. Los herejes no niegan á Dios el ser; mas no quieren que sea como es, ni quieren ser como él quiere que sean. Oyente; mas no quieren que se obedezcan sus mandamientos como él los dió, sino como ellos los entienden. Disponen que la obediencia que se debe á su divina voluntad se pague á su descaminado entendimiento. Reducir á Dios á solo vocablo y frasi desnuda, es deponerle y negarle. Dicen que hay Dios supersticiosos, para negarle impíos. Nombrarle contra sí, astucia es; no religion. Hay Dios en sus palabras, y no en sus obras. Cada hereje es juntamente ateaista y anti-Cristo.

Quien ve la discordia concorde del universo y la batalla amiga de los elementos, que se abrazan y se conquistan con un brazo de guerra y otro de paz, y que en ellos la disension parienta es matrimonio perpétuo, de cuya fecundidad proceden todos los partos de la tierra; por la variedad hermosos, por la multitud admirables; y quien niega que hay Dios, — confiesa que le pesa de que le haya, no que ignora que le hay. Si mira aquellas dos lumbres, entre las otras príncipes, que traen y llevan resbalando veloces la noche y el día, y en la vida y la muerte parece que tienen absoluto y mero mixto imperio; que siempre hierven en llamas de majestad augusta, con presunciones espléndidas de Dios; hallará que su tarea es servil, su ejercicio y ministerio esclavo, y que son una obediencia resplandeciente de aquella voluntad infinita, de aquella sabiduría inmensa, de aquel poder omnipotente, que pudo y supo y quiso darles tan preferida hermosura, quitándoles en tan indispensables peregrinaciones y jornadas tan largas un instante de quietud y reposo, ocupándolas en el fastidio de repetir siempre unas mismas veredas. Estas todas son señales tan claras como el sol y la luna, de que la luna y el sol sirven y no reinan. Dió por antidoto á su belleza contra la idolatría la enfermedad que padecen con los eclipses, que los desalman y manchan. Mandóles trabajar de día y de noche en las minas, oficio para los jornaleros mecánico, para los delincuentes de rigurosa condenación. Quien los dió belleza tan superior, lugar tan alto, grandeza tan sublime, y pudo ocuparlos en tan servil

obediencia, bien muestra con las infinitas ventajas de su ser, que solo es dueño y señor de todo, y que todo tiene dueño en el que lo crió y lo hizo, sin ser hecho ni criado. Pues si estas criaturas, en cuya grandeza parece que se desalienta la admiración y queda abortido el espanto, se confiesan atareadas á superior voluntad, y que sirven sin albedrío obedeciendo ley, ¿cuál despreciada y torpe sabandija viviente, cuál aborto de la corrupción de la tierra negará que hay Hacedor que lo sacase todo con su poder de la nada, dando á las unas tan espléndido ser y lugares tan altos, duración tan incontrastable en tan inmensos volúmenes, que sobran á la capacidad de los sentidos del hombre, en que no caben; y á las otras, que excediendo apenas á los átomos, contentas con ser algo y dejar de ser nada, hizo capaces de vida, instinto, movimiento en cuerpos que con la pequeñez burlan las atenciones de la vista? Los mosquitos, que sin poderles hallar la boca y sin saberlos descubrir el pulmón tocan instrumento sonoro y ejecutan heridas; la polilla, que roe sin dientes y muere sin quijadas y digiere sin estómago; las pulgas, de quien se sabe, más porque se sienten que porque se ven, que tienen la defensa en lo imperceptible, que ven en lo obscuro y apenas son visibles en lo claro. ¿Quién hizo labradores á las hormigas, y tan pródigo aquel pueblo negro y menudo? ¿Quién en tan pequeño jornalero como la abeja cerró ingenio geométrico? ¿Quién hizo á la vid tierna inteligente de sus obras, pues solicita con sus abrazos se sostiene y arrima porque no arrastre su fruto, y impaciente de la disciplina rústica, ama lo que toca, porque se da más prisa á asegurarse del ingenio propio que de la pereza de la disciplina ajena? ¿Quién enseñó á trepar á la yedra, y tan generosa presunción, que si mano envidiosa la oprime, á pesar del ultraje, se encarama y asciende á lo alto sin guía, queriendo más introducirse en la pared ó tronco, selva tejida, que consentir que la pisen con injuria voluntaria? La tierra es vientre de todas las cosas, que concibe de la virtud varonil del cielo. Ejercitan su paciencia todas las artes; es sola elemento sin paso, sólido, firme y sosegado: ni corre como el agua, ni vuela como el aire, ni trepa como el fuego. Según esto, no puede dar habilidad á las plantas ni instinto á los animales ni razón á los hombres, porque nadie puede dar lo que no tiene. Dirás que todo eso da la naturaleza; y si esta lo recibió de otro, daremos proceso infinito, y este ninguno le concedió.

Si á la naturaleza llamas principio de todo sin principio, necesariamente confiesas que hay un Dios. Pónesle nombres, mas no le niegas; llámasele como quieres, no como debes. Ni el necio que dijo en su corazón que no había Dios; ni el descarado Selio, que dijo con la boca que no había dioses, dejaron de conocer, por todas las criaturas y por el orden y concierto del universo, que había Dios. Negáronle juzgando que, si le hubiera, hubiera Providencia; y que no la había, pues los delincuentes disfamaban las honras y los facinorosos afrentaban las riquezas y los impíos desacreditaban los puestos más sublimes, cuando los beneméritos poblaban las cárceles, y los inocentes ensangrentaban los cuchillos, y el desprecio arrinconaba á los doctos, y la locura daba las armas de los valientes á los cobardes.

Estas dos cosas confesó Claudiano *in Rufinum*, empezando el libro primero:

*Sapè mihi dubiam trazit sententia mentem,
Curarent Superi terras, an nullus inesset
Rector, et incerto fuerent mortalia casu.*

Dice que «muchas veces dudó si había Dios que gobernase las cosas de la tierra, ó si todo sucedía acaso sin certidumbre». Luego añade:

*Nam cum dispositi quæsissem foedera mundi,
Præscriptosque mari fines, amisque meatus,
Et lucis, noctisque vias: tunc omnia rebar
Consilio firmata Dei.*

«Empero cuando via las confederaciones con que estaba dispuesta la concorde enemistad de los elementos en el mundo; y aprisionada la soberbia del mar en cárcel de arena, donde padecían sus borrascas prisiones de polvo; y las recíprocas resurrecciones del año, donde la muerte era padre del ser que había fallecido; y la sucesión continua de los días y las noches, no usurpando jamás un minuto de jurisdicción la luz á las tinieblas,—entonces me persuadía que todo estaba fundado en el consejo de Dios.» Consecutivamente, añade, las causas de su escándalo, en que resbalaba en el ateísmo:

*Sed cum res hominum tantâ caligine volvi
Adspicerem, lactosque diu florere nocentes,
Vexarique pios: rursus labefacta cadebat
Religio.*

«Empero, como viese los sucesos de los hombres envueltos en tan ciega tiniebla, y florecer alegres en duración los malhechores, y padecer afrentas los pios, otra vez caía mi religión desmayada.»

Siguese que todas las cosas enseñan al hombre que hay Dios; y que solo el hombre, contradiciéndolas á todas, se persuade que no le hay, creyendo que no hay providencia ni gobierno digno de Dios, pues los buenos padecen y los malos triunfan. Y este discurso contra la Providencia le hacen los malos; sin advertir que es eficazísima prueba de la Providencia, que los mismos impíos se condenen á sí propios tan rigurosamente, que afirmen que no es posible haya Dios, pues ellos no arden en las hogueras ni penden en las horcas.

Por eso trataré, para probar que hay Dios y alma inmortal, de la Providencia divina, que es el tropezón que se ponen estos para caer en semejantes errores; rematando el discurso antecedente con estas palabras de mi Séneca, *Epist. cxvii*:

«Para nosotros argumento es de verdad lo que todos dicen, como que hay dioses; y colegimos esto, entre otras cosas, porque la opinión de que los hay, en todos está arraigada. Ni hay alguna gente tan fuera de las leyes y de las costumbres arrojada, que no crea hay algunas deidades.» (*De Benef.*, iv, 1) «Ninguno hay tan miserable, tan despreciado, ni que naciese á tan duro hado y pena, que no reconozca algo de la munificencia de los dioses.» En el proemio de las *Cuestiones naturales* pregunta: «¿Qué es Dios? Mente del universo. ¿Qué es Dios? Todo lo que ves y todo lo que no ves. Así se le vuelve toda su grandeza, porque no puede imaginarse cosa mayor, siéndolo todo él solo: su obra la tiene afuera y adentro. ¿Qué diferencia hay entre la naturaleza de

Dios y la nuestra? Nuestra mejor parte es el ánimo: en él no hay alguna parte fuera del ánimo; todo es mente.» Y en el iv *De los Beneficios*, para enseñar que no hay muchos dioses, sino uno, y que los muchos son los nombres de sus beneficios, dice: «Tantos son los nombres de Dios como las mercedes que hace.» Y en el ii de las *Cuestiones naturales*, cap. 45: «Y de verdad no creyeron que Jove era, como lo vemos en el Capitolio y en los demás templos, tirando rayos con la mano; antes juzgan es Júpiter, como nosotros le entendemos, guarda y gobernador del universo, ánimo y espíritu, señor de la obra deste mundo y artífice, á quien todo nombre conviene. ¿Quieres llamarle hado? no errarás. El es de quien todo pende, de quien son todas las causas de las causas. ¿Quiéresle llamar providencia? bien dirás. Pues es con cuyo consejo se dirige este mundo, para que discurra sin estorbo y explique sus acciones. ¿Quieres llamarle naturaleza? no pecarás. Pues es de quien tiene naturaleza todo, con cuyo espíritu vivimos. ¿Quieres llamarle mundo? no te engañas. El es todo lo que ves, y se sostiene con su fuerza.» En la epístola lxxiii. «No son fastidiosos los dioses, no tienen envidia. A los que se encaminan á ellos los reciben y dan la mano. ¿Admiraste que los hombres vayan á los dioses? Dios viene á los hombres; antes (lo que es más cercano) en los hombres viene. No hay alma buena sin Dios.» ¡Grandes palabras, confines á los mayores misterios de nuestra fe! Pondero con admiración que dijo dioses en plural cuando dijo que los hombres van á los dioses; y dijo Dios en singular, consecutivamente, tratando de que Dios venia al hombre y en el hombre. Por estas y otras cláusulas me persuado que Séneca comunicó á san Pablo; no por las cartas que del uno al otro se leen con sus nombres sin su estilo. En el libro segundo de las *Cuestiones naturales*, 37, como en el lugar precedente mostró semblantes de teólogo místico, los muestra de escolástico; y se arroja á tratar de la predestinación de Dios, y cómo, siendo infalible, no quita el libre albedrío al hombre. Reconozco que estropeó con los términos profanos algo que ó leyó ó oyó de san Pablo, llamando *hado* la *predestinación*; y que no fué capaz de tan alta doctrina. Empero sin el bautismo, defendió el libre albedrío, que niega Martín Lutero con él, y después de tantos padres y doctores de la Iglesia y concilios. Después de haber explicado en qué, y cómo, habiendo cierta presciencia divina, hay libre albedrío, para responder á lo que en contra pueden oponerle, dice: (1) «Estas cosas suelen oponernos para aprobar que nada se deja á nuestra voluntad, y que todo el mando es del hado. Diré de qué manera, habiendo hado, hay algo en el arbitrio del hombre.» Colígesse que en tiempo de Séneca se porfiaba esta cuestión.

No he podido dar á los ateístas y herejes tapaboca más afrentoso que este con la mano de Séneca, filósofo gentil, sin bautismo, y maestro de Neron (primer perseguidor en Roma de los cristianos entre los emperadores), y el más feliz ingenio y la pluma de mejor sabor que se reconoce por todos en aquellas tinieblas; tan utilmente modesto en su doctrina, que san Jerónimo

(1) *Ista nobis opponi solent, ut probetur nihil voluntati nostrae relictum, et omne jus fato traditum. Dicam, quemadmodum mature fato, aliquid sit in hominis arbitrio.*

le colocó en el catálogo de los escritores eclesiásticos, y san Agustín frecuentemente le citó, y otros gravísimos escritores católicos.

Pasemos á hacer la causa de Dios, que, como es justo y debido, es fácil. La verdad no está añudada ni se rodea de lazos ni se confunde en laberintos; es luz que juntamente hace visibles las cosas, y que los ojos las puedan ver. El error es noche: todo lo esconde; y hace que se tropiece en lo mismo que se busca, y que se caiga en lo que se huye. Sea lo primero declarar qué es Providencia.

Los griegos la llaman *Πρόνοια*, los hebreos *השגחה* (2) *Haschgahhah*, de un verbo que significa «considerar y mirar con atención vehemente». Ciceron en la *Retórica*: *Providentia est per quam futurum aliquid videtur antè quàm factum sit*. Oigamos en san Agustín *De Spiritu et Anima*, esta sombra que habló el grande orador, espléndida y crecida: *Providentia est notio futurorum, pertractans eventum, cujus officium est ex praesentibus futura perpendere, adversus advenientem calamitatem se consilio praemunire*. Habló el filósofo y orador y habla el santo de la providencia de los hombres en sus acontecimientos y disposiciones. Esta providencia humana no tiene herejes: ninguno la niega, antes la afectan todos, y no hay persona tan dejada y poco atenta, que no presuma de providente; y llega á tanto la locura furiosa, que niegan á Dios lo que no niegan á ninguno, ni consienten que ninguno les niegue.

Veamos cómo se define la divina Providencia. Boecio, lib. iv, *De Consolatione*, dice que es: (3) «Divina razón constituida en el sumo príncipe de todo, la cual todo lo dispone.» Santo Tomás, 1, part. q. 22, art. 2, dice: (4) «Providencia es razón de orden en todas las cosas, que las encamina y dispone al fin, la cual existe en Dios.»

Santo Tomás pone la providencia en el entendimiento, como las ideas. Algunos autores quieren que pertenezca á la voluntad en cuanto al decreto de su ejecución; lo que parece sintió Damasceno, lib. ii *De Fide orthodoxa*, cap. 29, con estas palabras: (5) «Providencia es la voluntad de Dios, por la cual todas las cosas que son, reciben conveniente gobierno.» No hay contradicción en sus palabras, y concuerdan, diciendo que *initiativè* consiste la providencia en el entendimiento, y *completivè* cuanto á la ejecución, en la voluntad. Aquella palabra *in finem* de la definición de santo Tomás, se entiende del fin cierto *quem Deus sibi propositum habet*; «del fin cierto que Dios se tiene propuesto á sí mismo.»

Las funciones ó operaciones generales de la divina Providencia son dos: creación y gobierno. En esta función de gobierno se contienen los actos siguientes: conservación, cooperación, predefinición, impedimento de muchos males, el movimiento de los cielos, la iluminación de la naturaleza racional, la redención de

(2) *השגחה* *Aschnachah* (P. — *Un espacio en blanco deja para la palabra verdadera la impresión de Madrid de 1729 —... Sancha omite el hebreo.*)

(3) *Divina ratio in summo omnium Principe constituta, quae cuncta disponit.*

(4) *Providentia est ratio ordinis rerum in finem, in Deo existens.*
(5) *Providentiam esse voluntatem Dei, per quam omnia quae sunt, convenientem gubernationem accipiunt.*